

Oportunismo electoral

Jueves, 10 de febrero de 1938

Podemos encontrar, sin demasiada sutileza, un rasgo común entre las leyes de guerra y las leyes electorales, en este sentido: que unas quieren dominar las luchas exteriores de las naciones, y las otras las Luchas interiores de los partidos, éstas, a veces, tan empeñadas como las primeras. Así el derecho electoral, como derecho de la guerra, no puede quedar invariable. Tiene necesidad de evolucionar según el número de los partidos al mando, las fuerzas de cada uno, las posiciones que ocupan, las metas que persiguen y los medios que utilizan.

En España, el escrutinio de redondeo elevó los electores, acostumbrándolos por motivos de amistad, de reconocimiento y de lealtad, a resistir la presión oficial. Era una preparación para servir más tarde al impulso del ideal impersonal. La R. P., imposible antes de la República, hubiera, sin duda, salvado a ésta y a España, impidiendo la guerra civil.

Partidario decidido, como soy, del oportunismo electoral, expreso mi desconfianza hacia la clarividencia de los partidos políticos, sobre todo de sus elegidos, para fijar la elección de la táctica. Hay siempre una ilusión de ser reelegido que engaña, empujando por la fuerza del optimismo y de la costumbre hacia el mantenimiento del sistema que hace el regalo del mandato anterior. Tuve la primera y decepcionante experiencia de ello con ocasión de la reforma parcial del sistema español, durante los últimos días del gobierno de izquierda de 1933. Los mejores estrategas de los partidos entonces en el poder, las mentes más advertidas y más clarividentes habían previsto una solución, que sostenían obstinadamente y que los hubiera llevado a la catástrofe, arrastrando a la vez a la República con ellos en la caída. Eran partidarios —porque estaban seguros de su victoria— de disminuir, incluso de suprimir prácticamente la representación de las minorías, en provecho de la simple mayoría relativa. Fue necesario, que interrumpiendo mi veraneo, volviera a Madrid, para advertir al gobierno que yo estaba decidido a defender a la República y los derechos legítimos de las izquierdas, a presentar el veto a una ley que ha-

bría abierto el camino del poder a los derechistas extremistas que quedaban aún fuera del nuevo régimen, y cuyo triunfo, como mayoría relativa, no era dudosa después de las imprudencias rojas. Se llegó a un compromiso —ante la firmeza de mi actitud— exigiendo, al menos, una mayoría del 40% y, en su defecto, una segunda vuelta. A pesar de esas moratorias, entró en la nueva Cámara una fuerza de 212 diputados, sobre 473, que todavía no habían reconocido la República. Adivinamos los esfuerzos de captación, de conciliación, necesarios para obtenerla adhesión a la República de la mayoría de los diputados, menos una treintena. Pero los resultados electorales del 19 de noviembre y del 13 de diciembre de 1933, obtenidos según la fórmula tan querida a las izquierdas, mostraban que éstos hubieran sido barridos, y que la extrema derecha hubiera podido, en esa hipótesis, suprimir la República sin salir del marco de la Constitución, con una fuerza de más de dos tercios de los escaños, que habría conseguido, a pesar de no tener más que una débil mayoría relativa entre los votantes.

Más impresionante y más trágico fue el ejemplo de ceguera de 1935 contra la R. P., mantenida por la oposición salvaje de los partidos medios, cuando era lo único que podía salvarlos y, desprovistos de su apoyo, fueron completamente borrados en las elecciones de febrero de 1936. Particularmente espantoso el caso personal de Melquiades Alvarez. Verbo de la democracia, uno de los más grandes oradores contemporáneos de España y del mundo, republicano desde su nacimiento y jefe de un partido medio, cuya actitud de hostilidad determinó el rechazo de la R. P. Admitida ésta, Alvarez se hubiera convertido, probablemente, en el presidente de la tercera Cámara republicana. Rodeado por las miserias y las falsedades de los pueblos, fue batido como candidato en las últimas elecciones y vio desaparecer su partido completamente. Cuatro meses después de su muerte política, moría físicamente, asesinado en la espantosa matanza de la cárcel Modelo de Madrid: esa horrorosa matanza, que es la vergüenza más execrable del Frente Popular, porque la furia animal de los asesinos fue tapada por la complicidad del gobierno y el envilecimiento de la justicia, que en vez de castigar a los asesinos se acomodaron en la farsa de querer esconder el crimen bajo la máscara de un proceso, fingido en todas sus piezas.

Hay que encontrar, en defecto de la clarividencia y del desinterés de los elegidos, una regla no arbitraria para administrar el oportunismo electoral. Me atrevería a formularla «objetivamente» y pido perdón por ello al muy distinguido dolaborador de *L'Ère Nouvelle*, el señor Albert Milhaud, de quien me

gusta leer los artículos, tan meditados como vibrantes.

La R. P. no es necesaria, e incluso puede ser nociva, cuando hay una conformidad esencial de los partidos —con posibilidad de ganar, y seguidamente, de gobernar— sobre todos los problemas y los fundamentos de la estructura política y social del Estado. Entonces, —es el caso de Inglaterra— el sistema podría favorecer el estancamiento de la vida política, y conviene, por el contrario, renovarla, aunque fuese con la consecuencia lamentable de borrar a un partido tan glorioso como el partido liberal británico.

La R. P., es absolutamente necesaria cuando hay entre los partidos extremos y poderosos divergencias profundas e inconciliables, que sobrepasan con mucho el alcance de una modificación constitucional. Entonces es necesario favorecer la estabilidad política y social del Estado e impedir su derrumbamiento.

Podríamos expresar la misma fórmula de otra manera. Hay que favorecer los partidos medios, esos partidos de la fe sentida y de la tolerancia práctica del impulso ardiente hacia el ideal y del sentimiento profundo de la realidad; esos partidos, cuya desaparición significaría trastornar el régimen, comprometer las democracias y arriesgar el destino de los partidos, cuyo interés, coincidente con el de ellos, recompensa su devoción y su éxito.

En medio de las crisis de nuestro tiempo es indispensable no renovar el error de los extremistas de derecha o de izquierda. Unos plantean ante los pueblos la elección entre despotismo y libertad, los otros le ponen en frente la elección súbita entre anarquía y dictadura, y los pueblos no dudan jamás si se les coloca en tales encrucijadas.